

## **Domingo de la Ascensión - Pascua 2025 (Lc. 24, 46-54)**

Los acontecimientos de la muerte, resurrección, ascensión, envío del Espíritu, son un único misterio que la primera comunidad cristiana fue entendiendo de a poco, explicitando con las palabras que fue encontrando, describiendo con imágenes y marcando ritmos temporales: después de tres días, después de cuarenta días, después de cincuenta días, como expresión de un regalo demasiado grande como para desenvolverlo de golpe. El tiempo que nos marca la liturgia tiene la pretensión de acompañarnos pedagógicamente, para ir asimilando poco a poco el misterio de Jesús de Nazareth, desde la encarnación hasta su pascua.

Mirada desde la perspectiva de toda la vida de Jesús, esta fiesta de la Ascensión que hoy celebramos nos sigue revelando quién es Dios y quiénes somos nosotros.

Jesús resucitado, que lleva las marcas de su pasión, viviendo definitivamente junto al Padre, nos dice que Dios es fiel. Que su sí para hacerse cargo de nosotros no es por un tiempo, con fecha de caducidad, sino de una vez y para siempre, en toda circunstancia, porque desde la encarnación su decisión de asumir todo lo nuestro no se echa atrás. Si Dios es de tal modo garante de nuestra humanidad, podemos ocuparnos confiadamente de entretener todo aquello que nos hace más humanos, más hermanos, a través de tantos gestos de compasión y de cuidado.

También nos dice que cada persona humana es tierra sagrada donde Dios habita y se manifiesta, presente en medio de nuestra cotidianidad, en lo aparentemente rutinario y opaco, en cada puja por crecer y por amar. Que para siempre lo de Dios y lo nuestro están unidos sin separación ni confusión; que lo de Dios en nosotros es fuerza que desde dentro nos impulsa a desplegar lo que tenemos de original, de creatividad, al servicio de una vida más posible de ser vivida; que toda iniciativa que quiere tejer vínculos, sanar heridas, custodiar los derechos de los más pequeños, es expresión de nuestra vocación más profunda, donde también se transparenta el compromiso de Dios con los anhelos y sufrimientos de su pueblo.



Pedimos hoy entonces, con las palabras de la carta a los Efesios, *poder comprender a la luz del Espíritu, la esperanza a la que somos llamados, la grandeza del poder* del Resucitado en cada uno, cada una de nosotras, para ser capaces de actualizar el modo de Jesús en las palabras, gestos y decisiones con las que tocamos los dolores y esperanzas de este tramo de la historia que nos toca caminar.

Carina Furlotti